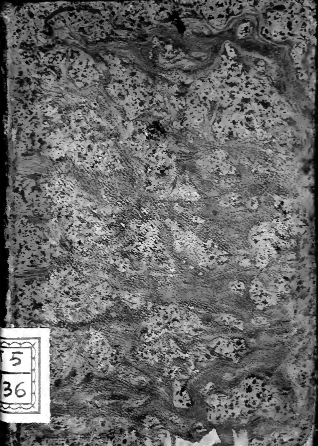
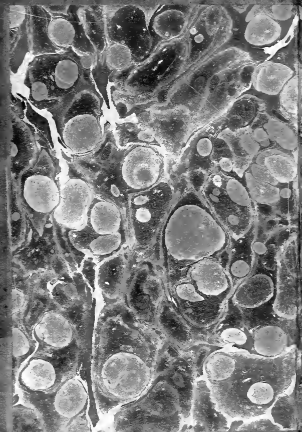
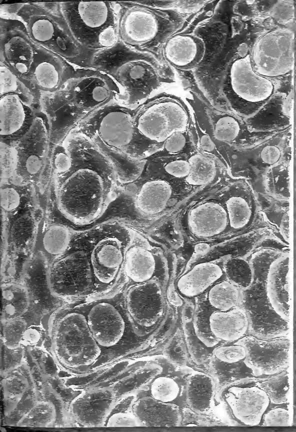
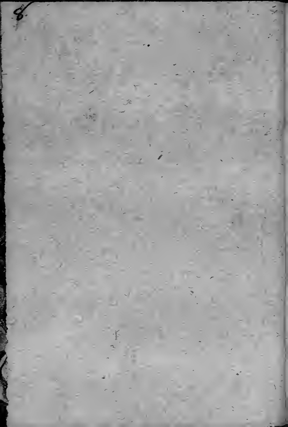
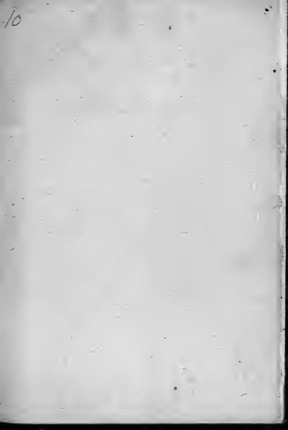

5
36








10



L. P. L. Amills g.

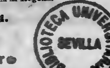
Al llegar se arrodillaron para besarme la mano y se lo permití.

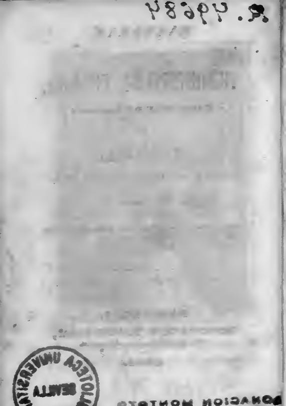
HISTORIA
DEL FINGIDO
ARZOBISPO DE TOLEDO,
CARDENAL DE BORBON
EN
FRANCIA,
DESDE EL AÑO 1810 HASTA EL DE 1814.

por A. Letamendi.

Adicionada con curiosas notas y adornada con una lámina fina.

BARCELONA.
IMPRENTA DE D. MANUEL SAURI,
calle Ancha, esquina al Regomí.
1844.




R. 49684
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA
DONACION MONTOTO

PRÓLOGO.

Al *que lee la historia del cabo Carrasco no le es fácil decidir si le pasma mas contemplar á un hombre mofándose de toda la Francia, ó ver la paga que se dió á accion tan ingeniosa y arriesgada.*

No queremos decir que se tejiese una corona cívica para galardonar al tal cabo; pero si nos parece que el gobierno español podia haber tratado de otra

manera al militar que habia tenido la feliz ocurrencia de engañar á la nacion con quien guerreaba nuestra patria y contra quien los españoles se habian levantado como un solo hombre.

Los escritores no hallan términos bastante espresivos para ponderar la perspicacia de Napoleon y la sabiduría de su gobierno; pues bien, cuanto mas se encarezca la ilustracion de la Francia, tanto mas mérito deberá darse al engaño del cabo Carrasco; y al que recorra los echos de aquella época no podrá dejar de ocurrirle la idea, de que mientras en Europa tenian lugar grandes acontecimientos en favor de la Francia, un cabo español hacia representar á los franceses un papel ridículo, chistosísimo, capaz de quitar el mal humor al inglés mas abruma-

do por los nebulosos vapores del Támesís.

¿ Quien no se rie á carcajada suelta al ver los generales de Napoleon desvelarse para recibir con toda pompa á un cabo español? ¿ Y que diremos de la solicitud en las autoridades eclesiásticas para merecer las bondadosas miradas de nuestro cabo? Pues y las pobres madamas, á quienes todo parecia poco para festejar debidamente al tal personaje, ¿ no divierten cuando uno las vé llenar de francos el bolsillo de su respetabilísima persona?.... ¡ Que contento quedaba el pueblo cuando podia besarle la mano!

En verdad que fueron muy cándidos nuestros vecinos traspirenáicos dejándose meter la patata de un modo tan estraño, porque si se hubiese tra-

tado de un guardian de convento ó de un padre provincial, pase; pero de una dignidad como es la de cardenal, y de un cardenal de la familia de Borbon.... vaya que la burla tiene tres bemoles, y á fé que poco podrán chistar esos señores contra la falta de policía en España, donde podemos asegurar que la farsa no hubiera durado tanto tiempo.

Tal vez se nos dirá que ahora no seria tan fácil seguir adelante con una burla parecida: así lo creemos, sin que lo juzguemos del todo imposible; y si el amor propio ó nacional, ó el orgullo, ó la rabieta, ó la vergüenza, ó lo que sea, que á veces no es fácil hallar el vocablo tégnico, no permite conceder la posibilidad, sea en hora buena; pero ya no hay poder ningu-

no para borrar cuanto refiere su historia pudiendo nosotros salir garantes de haber visto á este mismo sujeto en la ciudadela de Barcelona, despues de haberse burlado completamente de sus enemigos.

Sentimos vivamente que el tal cabo no hubiese realizado el plan que dicen tenia de escribir un drama en que hacia figurar á varios personajes de que se habla en su historia: pues nos hubiéramos reido mas á nuestro sabor viendo en las tablas el aparato militar, las corridas á galope de los generales con sus edecanes, los partes que llevaban las ordenanzas, las salvas de artilleria y los gastos que hacian los buenos de los franceses para obsequiar y cumplimentar á un cabo español. Entonces sí que el público quizás hubiera es-

clamado ¡ Que bobos sois francesitos ! Quien demonios habia de imajinar que fueseis el hazmereir de la clase de los cabos españoles? Vaya, que fuisteis muy bolonios !....

Si este maravilloso caso hubiese pasado viceversa, no descuidáran nuestros vecinos de sacarlo á relucir en cuantos escritos hubiesen podido injertarlo; y nos lo hubieran dado por activa, por pasiva y hasta resonára ya en su querida polka. Y no digo nada de la gran copia de láminas conque hubieran apestado nuestro suelo... Mas nosotros somos tan hispanamente modestos, que nos hemos contentado con la verídica y sencilla narracion del hecho, sin permitirnos el menor adorno, sin osar embellecerla con ninguna flor, y así es que para la ma-

yor parte ha pasado desapercibido un acontecimiento que cuanto mas se reflexiona, tanto mas aparece portentoso. ¿No es grande, no es inconcebible habilidad engañar al sabio gobierno de Napoleon, al mismo gran Napoleon, á los ilustrados franceses, á toda la Francia entera?...

Lo es en efecto, y tu memoria, cabo Carrasco, quedará indeleble por mas que haya quien procure borrarla; y nosotros te agradecemos el habernos procurado el medio de reirnos á espensas de los bonachones que te prodigaban obsequios para merecer los favores que te dignabas concederles; y te agradecemos mucho mas que hayas legado á tus compatricios el relato fiel de todos los detalles de tu historia, que

siempre se leerá con gusto y siempre será universalmente admirado.

Es empero muy sensible el recordar que la suerte tan propicia á ese osado ingenio en pais estrangero, le le fuese tan adversa en su propia patria; y al buscar la causa de la desgracia de este militar, le hallamos mucho mas digno del nombre español, pues su persecucion provino de haber sido demasiado sincero con el comandante que le recibió en la frontera. ¿Y quien no conoce cuan fácil le hubiera sido evadirse si algun remordimiento le acusará? Mas su conciencia estaba tranquila porque no habia cometido ningun crimen, y porque en su interior se repetia las siguientes palabras: « Me servia de no poco consuelo el pen-

sar que supe engañar á una nacion que nos tiene por bárbaros é imbéciles, y que ella sola se pinta ilustrada y astuta; y tampoco deja de aliviarme el recuerdo de los muchos socorros que habia prestado á mis compatriotas prisioneros, quienes publicarian mi honradez y buenos sentimientos. »

EL FINGIDO
ARZOBISPO DE TOLEDO,
CARDENAL DE BORBON.

CAPÍTULO PRIMERO.

AÑO 1810.

Por este tiempo los ejércitos del emperador NAPOLEON, habian invadido ya todas las provincias de España y secumbido al rigor de sitios tenaces y prolongados la mayor par-

te de las plazas fuertes, despues de haber hecho sus leales habitantes anuados con las tropas españolas defensas heróicas, proezas increibles. GERONA, ZARAGOZA, TARRAGONA y FIGUERAS estaban en poder de los dominadores de TORTOSA, LERIDA y VALENCIA, CIUDAD-RODRIGO capitulaba, y CADIZ sola se defendia aun á favor de los ausilios que por mar le procuraban los ingleses, nuestros aliados en aquella memorable lucha.

De la guarnicion española de CIUDAD-RODRIGO, hecha prisionera por los franceses en 1812 (1), procedia

(1) Fué en 10 de Julio de 1810, cuando se rindió la plaza al Mariscal Ney, siendo gobernador D. Andrés Perez de Herras-

nuestro *protagonista*, el fingido *Arzobispo de Toledo.*

Su alcurnia no era ilustre ni preclara, y su gerarquía menos elevada que su talla, á pesar de que no tenia mas de cinco *pies de rey* y una pulgada: entre los hijos de *Marte*, los vencidos y los vencedores de CIUDAD-RODRIGO, no le reconocieron otro grado en la carrera militar que el de CABO SEGUNDO (1), y sus estudios y talentos aplicados en su infan-

ti, natural de Granada, despues de haberse defendido heroicamente, como lo certificó el mismo Mariscal Ney.

(1) Segun una historia, que se dice escrita por el mismo, dice: que en Julio de 1810, era sargento 1.º en clase de distinguido de la sexta compañia del tercer

cia á la eclesiástica, le elevaron de la humilde clase de monaguillo, á la estrepitosa condicion de ORGANISTA (1) por méritos del *canto llano* y agilidad manual de las teclas del salterio.

Batallon del Regimiento de Infanteria de Cindad Rodrigo, del cual era comandante D. Pedro Quintanilla.

(1) Hallándose en el hospital de Cahors, le mandó llamar el vicario general, y le preguntó en que se ocupaba en su convento; á lo que contestó, que era organista y constructor de órganos; le encargaron arreglase uno, señalándole un sueldo de tres francos diarios y la manutencion gratis que le daban las monjas, durante la composicion del órgano; pero al cabo de cuatro meses de hacer y deshacer, lo echó todo á perder despues de gastados dos mil

Las miras del CABO SEGUNDO eran, empero, mas elevadas, aunque algo visco y cruzado en su mirada; y si bien con inocente y aun quizás laudable intencion se propuso engañar á los franceses, vistiéndose de fraile franciscano (1) para pasar durante su cautiverio en los depósitos de prisio-

francos entre materiales y su salario; por lo que le dieron pasaporte para Brives la Gaillarde.

(1) Hallándose en el hospital de Pau, se reunió con D. Joaquin Rodriguez, oficial del Regimiento del Príncipe, con quien tomó la resolucion de fugarse á España, como en efecto lo ejecutaron; pero al pasar el puente de S. Juan de Luz, fueron detenidos por dos españoles que se hallaban al servicio de Napoleon, y conducidos á la presencia del comandante de la Gendarme-

neros de guerra en Francia, una vida menos austera y miserable que la de sus compañeros de armas, no por eso dejó de meditar su propio engrandecimiento, aunque *momentáneo*, desde el punto en que fue conducido en calidad de religioso francisco al depósito de MONTDIDIER, donde existian ya algunos centenares, de aquellos santos-varones, esclaustrados por *primera vez*, aunque mejor socorridos y mantenidos por NAPOLEON BONAPARTE á quien nosotros los españoles llamábamos *judio*

---

ría de Bayona, le preguntó cual era su estado y respondió, el de *religioso Francisco:* su compañero dijo su clase y grado, este fué conducido al castillo y él á la cárcel civil.

y peludo en 1808, que hoy lo estan por los gobernantes de España.

Mas volvamos al CABO SEGUNDO convertido en fraile-franciscano en el depósito de MONTDIDIER, donde se le conocia por el nombre de Reverendo padre JOLY y veámosle por un momento mas astuto y artero que la policia de PARIS y mas ladino que un Ministro de Hacienda para eso de empréstitos y antícipios.

Como el supuesto Padre JOLY tenia promeditado el plan de pasarlo bien una temporada á espensas de la credulidad de (1) sus opresores y de

---

(1) Cuando llegó á Limoges, custodiado por ocho gendarmes, se apeó en la puerta de casa el General, en donde le aguardaba la autoridad eclesiástica, y des-

los bolsillos de los franceses que se interesaban por la causa de los BORBONES de España, dejó en la Península algunos corresponsales muy bien instruidos en la trama que iba á practicar; y por su parte inundó de anónimos la perfectura de policía de París suponiendo en ellos que en el depósito de religiosos españoles de

---

pues de haberle abrazado, le entregaron un bolsillo con doce mil reales en moneda de oro española. Y cuando salió para Montmedi, el general le entregó 3000 francos. Al salir de Messieres para la ciudadela de Lille, y en el acto de despedirse de la monja que le habia acompañado, le entregó un paquetito que contenia tres mil francos. En Sedan, una Baronesa le regaló una caja de oro para tabaco, con el retrato de Luis XVI.

MONTDIDIER se hallaba bajo el humilde nombre de JOLY, el EMMO. SR. CARDENAL de BORBON, ARZOBISPO DE TOLEDO (1), presidente de la regencia de España durante la cautividad del rey FERNANDO VII.

---

(1) En Brives se dió á conocer bajo el nombre de cardenal de Borbon, hallándose hospedado en casa Mlle. Mavillon; valiéndose de un barbero del hospital nombrado Martin á quien le dió diez francos y una carta, encargándole fuese á su casa y preguntase por él, y como le dirian que no estaba debia manifestar impaciencia y por fin decirles que venia de España, y en el acto de marcharse dejar caer la carta con disimulo; lo que cumplió exactamente el barbero. Mlle. Mavillon, la recogió y llena de curiosidad la abrió y leyó lo siguiente: «Madrid y diciembre 13 de 1810.—Emi-

Los anónimos produjeron el efecto deseado: el comandante de *gendarmerie*, á cuyo cargo se hallaba el depósito de religiosos españoles en

---

«nentísimo y Serenísimo Señor.—Noticio «á V. Ema. y A. que hemos recibido car-«ta de la Mamá en que nos encarga decir-«le que se conserve y que no pase pena «alguna. Los del consejo le suplicamos «que se mantenga incógnito, y que bajo «ningun pretexto descubra ser el cardenal «de Borbon, pues practicamos las mas es-«quistas diligencias para sacar á V. Ema. «y A. del cautiverio. Por el correo próxi-«mo remitiremos 40000 francos por con-«ducto del Sr. obispo de Bayona. Queda-«mos rendidos á los pies de V. Ema. y A. «Por los señores del consejo.—El Mar-«qués de Mirabel.

El sobre decia, á D. Francisco Mun, Español en Bribes.

MONTDIDIER, recibió instrucciones terminantes para vigilar el padre JOLY, cuidar de su manutencion, y procurarle cuando pudiese apetecer, sin escasearle el dinero, pero todo con las precauciones mas rigorosas para la seguridad de su persona; que el gobierno francés consideraba como la del único príncipe de la casa de BORBON, infante de España que habia podido sustraerse á las miras del emperador Napoleon en 1808, y que por lo tanto era menester averiguar la identidad de su persona, examinarla con astucia y abrir su correspondencia.

El interés que tenia NAPOLEON en apoderarse del último vástago de los BORBONES de España, que era el infante don LUIS, arzobispo de To-

ledo, lo comprenderá cualquiera que conozca nuestra historia contemporánea y la manera pérfida con que el emperador de los franceses atrajo en 1808 á toda la familia reinante de España á BAYONA, la invasion de sus formidables falanges en la Península, la ocupacion de nuestras plazas fronterizas bajo mentidos y traidores pretestos; y finalmente la usurpacion del trono de Castilla en el que colocó á su hermano JOSE BONAPARTE.

En este concepto nada de estrañar era el empeño con que el gobierno francés buscaba identificar en el padre JOLY la persona del arzobispo de Toledo. Llevarlo á VALENCEY donde estaba el rey FERNANDO VII, no ofrecia la seguridad del reconoci-

miento que con tanto ardor se deseaba; porque FERNANDO VII y sus augustos tio y hermanos, debian negar á la persona de JOLY la identidad del INFANTE DON LUIS DE BORBON, como SAN PEDRO negó el reconocimiento de su divino Maestro en la persona de JESUS de NAZARET (1).

(1) Cuando se vió descubierto en Lille, por un capellan español, prometió al general y demas autoridades, escribir á Fernando VII, quien aseguraria la identidad de su persona, cuyo contenido fué el siguiente.—«Ciudadela de Lille 21 de setiembre « de 1813. Querido Fernando: no creo « ignores que me hallo en esta fortaleza y « pongo en noticia tuya que ha habido en « esta un eclesiástico español que ha de« clarado que no soy el cardenal de Bor« bon: no dudo que conocerás mi letra á

Por lo tanto el gobierno francés, que se hallaba ya en posesion de cartas del Padre JOLY, dirigidas á VALENCEY firmadas « *Ludovicus Cardinalis Borbonis* » y otras dirigidas á JOLY cuyo contenido respetuoso, altisonante y revestida del título de *Emmo. señor Cardenal de Borbon* etc, y que daban á la bien urdida intriga del CABO SEGUNDO de la guarnicion prisionera de CIUDAD-RODRI-

« menos que el tiempo y las desgracias te « hayan hecho trascordar de ella y te encar- « go por lo mismo que sin detencion sa- « ques de duda á este gobierno. Te ruego « pidas que se me destine á otra parte que « corresponda mejor á mi persona. No quie- « ro serte mas molesto, y quedo en el de- « seo de que llegue el dia feliz de abrazar- « te. Tu primo. — Luis Maria de Borbon.

GO un timbre de verdad y de ocultacion de un *Gran Personage*, bajo el humilde dictado de P. Fr. JOLY de la órden de franciscanos; dispuso que el comandante del depósito de MONTDIDIER fuese preparando al presunto cardenal de Borbon á viajar hácia los depósitos de prisioneros de guerra españoles en el departamento del Norte, en caso de que insistiese en su constante negativa de no ser él otro que un religioso español cualquiera, llamado Fr. JOLY.

No deseaba nuestro CABO SEGUNDO ni otra ocasion, ni mejor oportunidad para pasar cómoda y alegre temporada, y por lo mismo insistió en negar, ó mejor dicho en sostener con verdad que él no era el cardenal

de Borbon, ni arzobispo de Toledo: viendo al fin que sus negativas no hacian mas que acrecentar las precauciones del comandante del depósito y aumentar las consideraciones que se le tenian y los preparativos del viage de averiguacion, resolvió el CABO SEGUNDO español, llamar un dia al comandante su custodio, y le dijo *con mucha reserva*: « Yo soy « en efecto, el cardenal de Borbon, « conozco lo inútil de mi negativa, lo « único que yo exijo de vos, puesto « que sois caballero, que aprovecheis « la ocasion que se os presenta de « protejer mi evasion. Me acompa« ñareis á España, donde yo os ha« ré general y gentil-hombre de pa« lacio. NAPOLEON está perdido, « su campaña de Rusia pone térmi-

« no á sus glorias y á su imperio, yo « me propongo haceros feliz, con tal « que protejais mi huida por uno de « los puertos de *Amberes* ó de *Os-* « *tende* à Inglaterra y de allí à Espa- « ña ». — El comandante del depósito al oir este discurso, hallándose sin saber que juzgar ni que hacer, le preguntó de repente al fingido cardenal. « ¿ Y como caisteis prisionero ? »

Nuestro CABO SEGUNDO con asombrosa serenidad, le respondió: « *Ya* « *sabeis que yo soy Regente de Espa-* « *ña durante la prision de mi amado* « *primo* FERNANDO *en Valencey: yo* « *me hallaba en Cádiz* y para no ser « *sorprendido por vuestras tropas en* « *caso de tomar aquella plaza, las* « CORTES *y el gobierno resolvieron*

« *con gran reserva que yo saliese dis-*
« *frazado de fraile con algunos mas*
« *de la órden de San Francisco, y*
« *que despues me dirigiese hácia las*
« *fronteras de* PORTUGAL*, por eso me*
« *prendieron en* CIUDAD-RODRIGO*:*
« *hasta hoy he podido guardar el in-*
« *cógnito. Ya lo sabeis todo conducid-*
« *me donde querais y guardad conmi-*
« *go la consideracion que se debe á un*
« *príncipe desgraciado y á quien los*
« *españoles miran hoy como su rey.*

Efectivamente, las circunstancias de aquella época favorecian tanto la intriga del CABO SEGUNDO que el comandante del depósito dió parte al gobierno de las revelaciones que le habia hecho el Padre Fr. JOLY y desde entonces se le trató con todo el decoro debido á un príncipe, aun-

que sin descuidar las precauciones de seguridad que se adoptan con un preso de tanta importancia para NAPOLEON, quien dispuso se emprendiese el viage de averiguacion por todos los depósitos de prisioneros mas inmediatos al de MONTDIDIER, y en ellos se invitase á aquellos militares que habiendo estado de guarnicion en MADRID y sitios reales de España, pudiesen declarar si el viagero era en efecto el cardenal de Borbon, el verdadero arzobispo de Toledo.



[illegible] que se [illegible] sea

[illegible] para [illegible] uso se [illegible] de [illegible] presos [illegible] tropas, y [illegible] á aquellos [illegible] esto lo [illegible]

[illegible] arzobispo de Toledo.

CAPITULO II.

En una tarde del mes de noviembre, poco antes de ponerse el sol, heladas las aguas del Escalda; y cubiertos de nieve los campos, me paseaba por el recinto de las dobles y sólidas murallas con que el poder de Carlos V, hizo circumbalar la ciudad fronteriza de Valenciennes, leyendo en el *Monitor-Universal* bole-

tin del ejército de Napoleon, que contenia los detalles de la horrible noche en que perdió 40.000 caballos con otros tantos jinetes en su campaña de Rusia, cuando ví llegarse à mí, casi sin aliento y en presuroso paso, un mozo de la fonda del Águila en que yo me habia hospedado, diciéndome: « Señor venga vd. pronto à la posa- « da, que acaba de llegar un príncipe « español, que se aloja en la càrcel « pública, y con este motivo la poli- « cía invita á todos los españoles ac- « tualmente en la ciudad á que va- « yan á visitar à S. A. y prestar de- « claraciones sobre la identidad de su « persona. »

« Echeme á reir, y dije al mozo» « ¿Estais loco?— « No señor, me « replicó: » Por mi honor, que lo

« que digo es la verdad, y esperan á
« vd. en la fonda, sus compañeros,
« el coronel Sandoval, el coronel An-
« selme y los señores Enciso, Losada
« y demas oficiales españoles que con
« vd. han venido ayer tarde de Con-
« dé : » — ¡ Cáspita ! dije yo, para
« mis adentros, esto es algo. — Va-
« mos muchacho, vamos á la fonda,
« y que pronto nos sirvan la comida,
« por que es malo visitar á príncipes
« en ayunas. » — « Ay señor, repu-
« so el mozo, que poco ha compren-
« dido vd. el objeto de mi presurosa
« venida ; vd. y sus compañeros de
« viaje van hoy á comer á la cárcel con
« el príncipe español, y como para ello
« es menester que haga vd. su toi-
« lette, y son ya las cuatro de la tarde,
« he venido corriendo á prevenir á

« vd de órden del coronel Sandoval;
« que es quien ha recibido la invita-
« cion del príncipe para todos vds.",
« y el que me ha dicho donde podría
« hallar á vd. Vamos, vamos, que
« la comida es á las seis, para esta ho-
« ra se nos ha mandado llevarla á la
« cárcel; pues ha de saber vd. que su
« amigo Mr. L'avocat, el banquero;
« es quien ha mandado disponerla,
« y ha entregado al príncipe 20.000
« francos para los gastos de decoro
« y servicio de S. A. durante unos
« quince ó veinte dias que permane-
« cerá en esta ciudad.

Con estas noticias y perdiéndome en conjeturas, llegué á la fonda del Aguila, donde encontré á mis amigos y compañeros, unos vistiéndose con mucho esmero y precipitacion,

otros ya vestidos con sus guantes blancos, calzon y media negra, zapato de lucido charol muy elegantes y perfumados. Entre todos se distinguia mi amigo el brigadier Sandoval por su uniforme de Ultonia, de cuyo rejimiento era coronel, cuando fuimos hechos prisioneros en 1811, en el castillo de Figueras. Tenia consigo á su amable y voluminosa consorte; señora andaluza, muy graciosa y bastante bonita. Tambien el coronel Anselme elegantemente vestido de negro iba acompañado de la suya, que era catalana muy bien educada y de una casa rica de Barcelona. Los demas que éramos jóvenes atolondrados y alegres tratamos de esplotar la visita del arzobispo de Toledo en provecho de nuestros amo-

res, porque ya todos estábamos enamorados perdidos de las hermosas brabanzonas y franco-flamencas, en cuya casa nos alojábamos, ó frecuentábamos en nuestro depósito de Conde-sur-l'Escauld, tres leguas distante de Valenciennes.

Asi fue que todos nos propusimos congraciarnos á primera vista con el infante don Luis de Borbon, cardenal arzobispo de Toledo, regente de España, à quien suponíamos facultades omnimodas para favorecernos en todas las carreras del Estado. El capitan Casals, se proponia vocalizar con su hermosa y argentina voz un himno patriótico: « Ya dispertó de su letargo de las Españas el leon etc. » porque aspiraba á una plaza de juez de la audiencia de Granada, donde

tenia amores algo antiguos. Otro, el capitan Enciso, andaluz muy crudo, se contentaba con ser nombrado comandante de escuadron en un rejimiento de húsares. El teniente coronel Losada tenia menos ambicion, se contentaba con ser gentil-hombre de S. A.; y el teniente Botinez, solicitó una canonjía de la catedral de Tarragona. Solo el capitan Peralta, noble aragonés, y yo, fuimos escasos en pedir: ambos solicitamos contraer matrimonio con nuestras queridas. Peralta, fue venturoso; el finjido arzobispo de Toledo le dió la bendicion conyugal con Mlle. Langlois, estanquera de Condé, de quien Peralta estuvo muy enamorado, yo no conseguí la union que apetecia con Mlle. Julie de W.... porque el

brigadier Sandoval, como consejero del arzobispo en cuestion, intervino (oportunamente) en el negocio, y fue la mia la sola y única peticion negada.

Salimos pues juntos de la fonda del Aguila á las seis en punto, en varios fiacres, ó coches de alquiler, y á los pocos minutos llegamos á la cárcel-palacio, donde fuimos recibidos en el vestíbulo por un coronel de gendarmes, vestido de grande uniforme, quien nos dijo estaba haciendo funciones de « gran-Chambelan del Príncipe. »

La escalera estaba perfectamente iluminada y la antesala del aposento que ocupaba el finjido cardenal de Borbon, demostraba un esmero y esplendor de que no se vé ejémplo en

las cárceles. Comprendimos que el príncipe en cuestion ocupaba la hermosa habitacion del conserje, y su familia, cosa que se habia conseguido por la mediacion y el dinero de los prestamistas de buena fé, que habian adelantado al supuesto infante de España, gruesas sumas de dinero que el verdadero Emmo. señor arzobispo de Toledo satisfizo en el año de 1814 á los reclamantes que se le presentaron en Madrid.

En esta antesala aparecian vestidos de rigorosa etiqueta, varios oficiales franceses del estado mayor del general Lebrun, gefe de la 16.ª division militar, que se hallaba de visita de recepcion en el aposento del supuesto Príncipe, el Maire y demas autoridades civiles, y gran número

de personas de la mejor sociedad de Valenciennes que habia ido á presentar sus homenajes al último desgraciado Borbon de España.

El coronel de gendarmes que nos acompañaba, entró anunciando á su eminencia « los españoles convidados. » — El príncipe, se levantó del mullido sofá en que se hallaba con el general Lebrun, y por medio de su secretario é intérprete que era un fraile español dijo: « perdone el gene-
« ral y tambien los demas franceses
« que esperan, pues ahora voy á co-
« mer con mis españoles; mañana
« á la una daré audiencia á todos. »

Entonces, desembarazado el príncipe de la presencia de los estraños, nos hizo entrar y prorrumpió entre sollozos estas tiernas palabras: « ! Es-

«pañoles! ¡hijos mios! venid, abra-
«zadme; ¡cuán feliz me siento al
«hallarme entre vosotros! Pronto
«volveremos á España, y allí os da-
«ré mayores pruebas de mi recono-
«cimiento y munificencia por vues-
«tro amor hácia toda mi familia. —
«Estos hombres (los franceses) son
«unos bárbaros, pues me privan has-
«ta del consuelo de vivir prisionero
«con los mios en Valencey.» — A
esto avisaron que la comida estaba
servida, y el fingido cardenal de Borbon, alargando su blanca mano, en que lucia un anillo de esmeralda, á madama Sandoval, hizo seña á su secretario para que atendiese á madama Anselme: la mesa elegante y abundantemente servida, contenia unas veinte y tres ó veinte y cuatro

personas. Ocupó el principal asiento el fingido arzobispo, colocó á su derecha á la señora de Sandoval, y á su izquierda se sentó Mlle. Ernestine, jóven de unos veinte años, muchacha robusta y hermosa, hija del conserje ó carcelero, cosa que á todos nos sorprendiò bastante; pero que algunos atribuyeron á humildad del cardenal, y otros como yo maliciosillos, á ciertas preferencias del corazon de que no se hallan libres los príncipes de la tierra, que como aquel no pasan de cuarenta años. Al lado de la hermosa Ernestine, seguia la señora de Anselme, despues de la de Sandoval, el coronel de gendarmes, y ya los demas nos fuimos sentando por órden y categorías segun nuestra urbanidad y buena crianza nos lo dictó:

Mr. L'avocat el banquero, que por de pronto, pagaba los gastos de aquella farsa, estaba á mi izquierda, y el secretario del Emmo. señor cardenal, arzobispo é infante, en averiguacion, ocupaba mi derecha. Era el tal frailecito tan locuaz, que á pocas insinuaciones que le hice, me puso al corriente de muchas mas cosas de las que deseaba saber, y de las que un secretario del arzobispo de Toledo no debia revelar. Sin embargo, mucho me valieron sus indiscreciones para juzgar despues de los hombres, y del movil de sus debilidades, humillaciones y bajezas, segun sus diversos propósitos è intereses, cuando adulan al que creen omnipotente en los destinos de la sociedad.

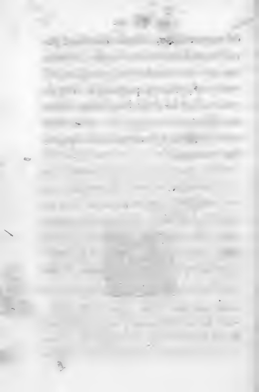
Llamábase el bueno del secreta-

rio P. Fr. José María Griver, del órden de franciscanos, conventual de Tarrasa, en Cataluña, de donde era natural. Prisionero por los franceses en 1810 en la rendicion de Lérida, habia sido conducido á Montdidier: era jovial y alegre, pero algo estúpido é ignorante, y hablaba muy imperfectamente el castellano y el francés, debiendo á estas humildes dotes y á la munificencia del cabo segundo disfrazado de cardenal, (1) la plaza de secretario del titulado arzobispo, y la mitra de Sigüenza, que este le habia conferido *in pártibus*;

(1) Cuyo traje, junto con una preciosa cruz de oro y un anillo con un diamante, le regalaron las hermanas de la Caridad, de la villa de Sedan.

en cuya calidad, vestia un trage parecido al de nuestros obispos, lo mismo que su bienhechor usaba el de cardenal, con el pectoral ó cruz de esmeraldas en el pecho y demás adornos que caracterizan las altas dignidades de la iglesia católica apostólica romana.





CAPITULO III.

Las nueve de la noche serian cuando concluida la comida, levantaron los criados el mantel y sirvieron las frutas, dulces secos, conservas y los vinos esquisitos principiaron à circular al rededor de la mesa, dando à todos los circunstantes buen ejemplo de no mucha sobriedad él taimado cardenal que asi se sorbia las copas

del finísimo Medoc y del perfumado Chipre, como hacia gestos y distribuia tiernas miradas con sus ojos viscos à la hermosa Ernestina y á la señora Sandoval.

No pudiera yo asegurar si fue por alarma interna, ó torcidas sospechas del marido, lo cierto es que el honradote brigadier Sandoval, levantándose de su silla con una copa en la mano llena de espumoso y rosado Champaña, propuso un brindis que todos recibimos con estrepitosa algazara hasta el mismo coronel de gendarmes.

« Behamos, dijo, por la salud « del rey Fernando VII y de los infantes de España ».

En aquel momento una palidez mortal se descubrió en el semblante,

poco antes jovial y risueño, de nuestro hospitalario cardenal, y con voz balbuciente y trémula, dijo: « bebamos á la salud del rey, mi desventurado primo » llevando á sus labios la última copa, con que dió fin el banquete de aquel dia; manifestando su Emma. deseos de pasar al salon á calmar los gases de la comida con una media taza de café.

El coronel de gendarmes, que no solo hacia veces de *Gran Chambellan du prince*, sino que obraba como fiscal de la causa en averiguacion de su supuesta persona, no se descuidó rozándose amablemente con nosotros en aquel momento de solaz y alegria en preguntarme « ¿ entre « vds. hay alguno que casualmente « haya visto el principe en España? »

«— Sí, por cierto, le respondí,
«aquí está el coronel Anselme, ma-
«rido de aquella hermosa dama es-
«pañola que está allí reclinada en
«el sofá, que ha sido sargento pri-
«mero de la guardia Walona de los
«reyes de España y ha estado de
«guarnicion en Madrid algunos años
«antes de la guerra; y tambien tie-
«ne vd. aquí (mostrándole yo, por-
«que estaba á mi lado) al capitan
«don Jaime Polonell, valiente como
«el Cid y tan alto ó mas que vd.,
«señor coronel, que ha sido *garde*
«*champetre* (guarda bosques) de los
«sitios reales del Pardo y Aranjuez
«en los ocho primeros años de este
«siglo». — «Oh! *c' est bien*, trés
bien» dijo el coronel francés, «*voi-
là mes gens!*» y frotándose las ma-

nos muy de prisa, preguntó á mi compañero Polonell: «¿Y vd. habrá visto con frecuencia al pobre «príncipe, en las cazerias de Cár-«los IV, en aquellos deliciosos bos-«ques del Pardo y de Aranjuez?» —«Si, señor, muchas veces, dijo «Polonell, pero es dificil jurar que «éste sea el mismo, porque ya ve «vd. que los años y las penas desfi-«guran y alteran las facciones; y «hay mas, nosotros en el servicio de «guarda-bosques, veiamos á los in-«fantes, pero muy de paso y sin fi-«jar nuestras miradas mucho tiem-«po en sus personas: á mi me pa-«rece que es él: pero no basta esto «para jurarlo bajo mi palabra de «honor».

Le mismo poco mas, poco menos

fue la respuesta que el coronel de gendarmes pudo recabár del coronel Anselme, á quien se dirigió despues de haber oido á mi amigo Polonell.

Entonces M. L'avocat que acababa de despedirse del cardenal, vino á darme la mano y decirme que se retiraba temprano para poder madrugar y hacer algunas compras que le habia encargado el príncipe entre otras, un reloj de oro, para su secretario el P. Griver, que era vergüenza usase una saboneta de plata, cuando no fuese mas que por decoro del príncipe, á cuya inmediacion estaba.

Tambien el coronel, Gran-Chambellan, fue á recibir las órdenes de su Emma. para observarlas al siguien-

te dia, que era un domingo, y entonces el presunto cardenal, el *soi disant* arzobispo de Toledo llamó á su secretario, obispo de Sigüenza *in partibus*, y le dijo: « mañana temprano, á las ocho debo confesar y « dar la sagrada Eucaristía en la ca-« pilla del santo Hospital de Valen-« ciennes, á las hermanas de cari-« dad, que cuidan á mis pobres es-« pañoles enfermos. Mlle. Ernestina « me lo ha suplicado en nombre de « todas, y es justo y digno de un « príncipe católico purificar sus al-« mas por medio del sacramento de « la penitencia ». — « Díselo asi al « coronel para que esté aqui á las « siete y media con los coches; lue-« go regresaremos y á las once cele-« braré misa de medio-pontifical, á

« la que me han dicho desean asistir
« todas las autoridades para recibir
« mi bendicion en la santa iglesia
« Catedral, y por la tarde antes de
« comer se celebrará el matrimonio
« del capitan Peralta, con Mlle.
« Langlois, y tú distribuirás cin-
« cuenta ó cien francos á los pobres,
« de mi bolsillo particular, mientras
« yo daré la bendicion conyugal á los
« novios, la comida á la hora de hoy
« y para las mismas personas; nada
« mas ocurre para el señor coronel;
« hasta mañana ».

Con estas órdenes é instrucciones transmitidas por el órgano del P. Griver, se retiró el coronel de gendarmes, acompañado de M. L'avocat, encargándonos de retirarnos á

media noche para dejar descansar al príncipe.

Entonces dirijió el farsante arzobispo sus palabras al capitan Càsals, y le dijo: «Ya me han dicho estas «señoras que tienes muy buena voz, «deseo oirte, yo mismo te acompañaré». — Y diciendo y haciendo, héteme al presunto cardenal en su verdadero puesto, sentado delante de un bonito piano de Mlle. Ernestina, recorriendo con maestria todas sus octavas, y preludiando las notas del himno patriótico favorito del capitan Casals: apenas este habia concluido la primera *stanza* ó primera copla:

«Ya despertó de su letargo
«De las Españas el Leon,

« Y con rugidos espantosos
« Cubre la tierra de pavor ».

Que todos en coro respondimos :

« Al arma, al arma, ciudadanos!
« Triunfe de ellos la nacion !!!
— « Antes morir que ser esclavos
« Del infernal Napoleon ».

Mágico, encantador, fue el efecto de tan sublimes esclamaciones: abundantes lágrimas bañaban las ya nuevamente sonrosadas mejillas del arzobispo Gardenal, y los suaves y dulces sonidos de las teclas del piano, se perdian como en distancia progresiva bajo la magistral pericia de la pulsacion del taimado y supuesto infante de Borbon regente de España.

« Una pausa, una pausa, por compasion» hijos mios! fueron las primeras palabras que articuló el regio maestro *al cembalo* con archiepiscopal y nerviosa emocion: Los vapores de ricas culinarias preparaciones, los alcóolicos fluidos del Medoc, del Chipre y el Champagne, habian invadido la cavidad cerebral del cabo segundo MANUEL CARRASCO (1), que estos eran sus verdaderos nombre y apellido, y si no lo fueren, lo que es el apellido no desmiente la alcurnia, linage ó parentesco de otros *Carrascos* mas modernos, de quie-

(1) En otra historia se dice, que su nombre era Francisco Mayoral, natural de Salamanca.

nes aquel pudo ser digno predecesor.

El fingido arzobispo se separó del piano y tendiendo una de sus manos á la señora de Sandoval y otra á la señora de Anselme « solo nosotros, « dijo, solo los españoles, podemos « sentir los mágicos efectos de ese « grito de guerra, del himno que há « cantado Casals ».

Cuanta verdad encerraban las palabras de aquel sublime enbustero! Entonces conocí que el corazon de un español es un misterio, un enigma digno de atenta investigacion, y que en él asi se nutren las mas nobles y grandes emociones, como se albergan la falacia, la intriga y las mas refinadas pasiones siniestras y punibles.

El sagaz cabo segundo Carrasco, era á la vez un héroe de comedia, un estafador, un embustero, mientras que la voz del honor y el bello ideal de la dignidad de la patria noblemente sostenido por sus hijos, hallaban un eco profundo en su corazon y exaltaban noble y generosamente su claro pero pervertido entendimiento: Carrasco pudo haber sido hombre de bien.

Mas volviendo á considerar á ese hombre singular en su carrera petardista de cardenal de Borbon, si alguna duda pudiera habernos quedado de la identidad de su supuesta persona, de su elevada estirpe y altas dignidades eclesiásticas, cuyo carácter asumia y representaba, no diré con rigurosa propiedad, porque

aquello de celebrar misa (1) de medio pontifical, me habia parecido un desatino, que el P. Fr. Griver en voz baja hablando conmigo disculpaba, diciendo « nuestros infantes ignoran « muchas cosas, tambien observo « desde que estoy con él que dice mal « la misa y lee pésimamente el la-

(1) Hallándose en Limoges, se empeñó el General y el Perfecto, á que celebrase los oficios divinos el dia del santo del patron de la villa, á lo que accedió pero viéndose apurado en el acto, fingió una congoja y se dejó caer sobre unas tablas de la sacristia, lo que las autoridades creyeron ser un mal repentino atendido el mucho gentío y el grande calor que hacia; por lo que el cura de la iglesia dijo la misa, y al final quiso salir acompañado del general y del cura, á dar la bendicion al pueblo.

« tin ; el frances lo habla bastante « para confesar á las monjas en todas « partes donde vamos ; pero con las « autoridades siempre me hace ser-« vir de intérprete ». — Si alguna duda nos hubiera quedado, repito, de la identidad en él de la persona del infante de Borbon, se hubiese desvanecido totalmente cuando el coronel Anselme, viéndole un poco menos agitado con el concurso de las consoladoras y amables palabras de su señora esposa y de la de Sandoval, le dijo : « Sermo. Sr. yo me ha-« llaba en Aranjuez cuando el pueblo « se sublevó contra Godoy, y todos « proclamamos á Fernando....... » — « Calla, calla hombre, dijo el fin-« gido arzobispo, no renueves en mi « memoria los males y desastres de

« mi familia! Godoy.... » — Y esto diciendo se desmayó y tuvo un paroxismo nervioso que le duró mas de media hora; gracias á que, como al fidalgo don Quijote, « Damas, curaron de él » asi fué pues unas cuantas tazas de tila administradas al paciente, por las señoras de Anselme y Sandoval y unas ligeras frotaciones de agua de colonia aplicadas suavemente por mano de Mlle. Ernestine á las partes mas sensitivas del Emmo. Sr. Arzobispo de Toledo en cuestion, lograron refocilar al enfermo, que recobrando el uso de la palabra tan sentimentalmente estinguida poco antes, nos rogó é impuso el deber de retirarnos á la fonda del Aguila donde procediamos, para sumirse su eminencia entre mullidos colchones

de pluma, y conservar una profusa transpiracion, que absorvian ricas sábanas de tela de Cambrai, guarnecidas de encaje del pais, antes de correr el secretario Fr. Griver el cortinage de lujosa tela de brocado de seda que formaba el pabellon de la regia cama arcbiepiscopal, nos recomendó puntual asistencia á las funciones y comida del siguiente dia, deseándonos una buena y feliz noche.



CAPITULO IV.

DESPUES de tan vehementes y tan vivas emociones como las que nuestro presunto cardenal de Borbon habia esperimentado la noche anterior al concluir de la comida, tanto por la renovacion de recuerdos tristes de familia, promovidos por el coronel

Anselme como por el efecto màgico del himno de guerra cantado por el capitan Casals, cuanto tambien por las frotaciones aplicadas con agua de Colonia á su eminencia por la suave mano de Mlle, Ernestine durante el nervioso paroxismo que le habia postrado en la cama, inverosimil parecia que à la mañana siguiente, domingo, dia del Señor, se hubiese levantado el cardenal arzobispo fingido, mas temprano de lo que era necesario para hacer, en ayunas, aquellos preparativos indispensables para trasladarse á las ocho de la misma á la capilla del Santo Hospital de Valenciennes, donde como ya sabiamos, debia confesar, absolver, y dar el sagrado pan de la Eucaristia, á las buenas y piadosas monjas hermanas

de caridad que cuidaban los enfermos en aquel establecimiento, pero no fue así; el Emmo. Señor supuesto cardenal don Luis de Borbon, estaba ya á las cinco y media de la mañana de aquel dia en su bufete despachando con su secretario Fr. Griver el crecido número de solicitudes y peticiones que pendian de su alta munificencia y de su regia consideracion: limosnas, togas, mitras, dignidades, grandes cruces de Carlos III, oficios palaciegos, fajas y entorchados, licencias matrimoniales, todas estas gracias estaban ya decretadas y repartidas en favor de la multitud de peticionarios por cortos decretos marginales firmados así: « *Ludovicus Cardinalis Borbonis* » y refrendados: Fr. José María Griver,

secretario, » (1) cuando llegó el coronel de gendarmes con los coches á las ocho menos cuarto de la mañana á la cárcel-palacio en obedecimiento de las órdenes prévias de su augusto y malhadado morador.

« *Mon prince, tout est prest, les voitures sont à la porte* » fueron las primeras palabras que en aquel día de chistosísimo recuerdo, dirijió en

(1) Al brigadier Navarro: le prometió el grado de Mariscal de campo; á un capellan, le nombró tesorero de su palacio. A una niña de diez y seis años que cantó en un concierto que le obsequiaron en Limoges, le prometió una pension anual de 2000 francos, por lo bien que habia cantado. Y á Mlle. Mavillon, le prometió casarla con el Marqués de Sta. Cruz.

francés y cuales quedan aqui estampadas el algo atolondrado coronel de gendarmes al príncipe Manuel Carrasco, cabo segundo de la guarnicion española prisionera en Ciudad-Rodrigo, hoy difunto, y en noviembre de 1813 presunto cardenal y arzobispo de Toledo.

Nosotros eternamente convidados, no obstante el intenso frio de aquella madrugada, salimos de la fonda del Aguila, y muy abrigados por fuera con nuestros capotones forrados de pieles, y por dentro con una taza de mal café y una copa de buen Cognac, nos dirigimos á pié á la capilla del santo Hospital de Valenciennes, no solo á presenciar la ceremonia y acto solemne de la confesion, absolucion y comunion de las

hermanas de caridad, sino tambien á instigar á Fr. Griver para que nuestras diversas solicitudes fuesen favorablemente atendidas y pronto decretadas por su eminencia.

Mas cual fué nuestra agradable sorpresa al entrar en la capilla soplándonos los dedos para poder tomar agua bendita, que casi helada en la pila de la derecha, cuando vimos venir hácia nosotros muy jovial y contento al secretario P. Fr. José María Griver con un manojo de papeles doblados en su diestra en forma de cuentas pendientes ó nominas de paga de empleado cesante, y llamando uno por uno, por su nombre y apellido, á los pretendientes fue distribuyendo peticiones y enhorabuenas á todos menos á mí que al

devolverme mi solicitud de matrimonio con Mlle. Julie de W... de quien yo estaba prodigiosamente enamorado, me dijo :— « Amigo, lo siento, « pero su eminencia, habló ayer no« che de vd. al brigadier Sandoval, « y al coronel Ordoñez, de granade« ros provinciales, y ambos que al « parecer conocen la familia de vd. « y quieren á vd. mucho, aconseja« ron al cardenal mi amo y señor, « que no accediese á la solicitud de « vd., porque es vd. muy jóven « y esto embargaría mucho su bri« llante porvenir » y devolviéndome mi peticion, leí en el marjen de ella : « No ha lugar » firmado « *Ludovicus cardinalis Borbonis* » y mas abajo « Fr. José María Griver, secreta-

rio (1)» peguè para atrás un salto, y aunque estábamos en la capilla se me escapó una interjeccion en castellano, y el capitan Casals que se hallaba cerca de mí, y que tenia ya su toga para la chancillería de Granada, me dijo: «Chico ¡ ¿que tienes? ¿que te sucede?» —«Hombre! lee» le dije enseñándole el de-

(1) En otra historia dice: Que dos oficiales le presentaron sus solicitudes pidiendo licencia para contraer matrimonio, creidos de que su permiso les serviría á su tiempo para el goce de viudedad; pero no quiso exponerlos á una desgracia que recaería sobre víctimas inocentes; y bajo pretesto de odio contra todo lo que fuese francés puso el decreto. *No ha lugar á lo que se pide.*

creto ; « tú y todos los demás habeis « conseguido lo que solicitabais, y « yo he de ser siempre tan desgracia- « do que no he de conseguir... — A esto fuí interrumpido por el rumor de los pies y de la tos de los concurrentes, que casi todos estábamos resfriados, quienes con motivo de haber concluido la confesion y absolucion de las contritas y penitentes hermanas pecadoras de la caridad, y la del pecador capitan Peralta con su novia Mlle. Langlois, que, habiéndolos de casar en la tarde de aquel dia el supuesto cardenal, tambien se habian confesado con él se dirigía ya su eminencia al recinto del presbiterio con su mitra archiepiscopal, el bordon y un rico roquete guarnecido de encaje sobre el cual brillaba, como

una estrella en noche oscura, la cruz de dos aspas de esmeraldas finas engastadas en oro cincelado pendiente de un modesto cordon de seda de color de pùrpura, siendo del mismo color la rica estola que pendia de su brazo derecho.

Púsole un sacristan franco-flamenco en la mano de su eminencia la llave del sagrario, y dándosela el cardenal al P. Fr. José María Griver, que le asistia, este la usó para sacar el copon que puso en manos de su amo y señor terrestre y temporal, y este con mucho recogimiento y edificacion iba repartiendo el sagrado pan sin levadura y pronunciando aquellas misteriosas palabras «*Corpus dómini nostri et vitam eternam, amen*» á la que cada penitente y

contrita hermana y el capitan Peralta y su novia despues de haber pronunciado « *Domine non sum dignus* etc. » abria la boca y recibia de la sacrílega mano del cabo segundo Carrasco el pan purificativo que mana de la mesa del Señor de los señores, del Rey de los reyes.

Concluida tan augusta ceremonia todos los circunstantes, contritos y no contritos, penitentes y no penitentes, purificados y por purificar, españoles y franco-flamencos, militares y civiles, esclautrados y regulares todos tuvimos la dicha de recibir la bendicion y la honra de besar la mano del Emmo. señor cardenal de Borbon, arzobispo de Toledo *por nostra-fide*, aunque yo en mi particular resentimiento con su eminen-

cia no me hallaba tambien dispuesto como los demás para la honra del besa-mano.

Cuan amostazado y mohino quedaria yo con el marginal decreto del Emmo. cardenal, que me habia negado lo que yo mas ardientemente deseaba que era casarme con la hermosa Mlle. Julie de W... lo dejo al juicio, no muy sano por cierto, de cualquier mozalvete de diez y ocho años que esté perdidamente enamorado; asi fue que cuando vino mi turno, el fingido arzobispo notó que yo no sabia fingir, y con amable sonrisa me dijo: « No te aflijas yo haré algo por tí. »

Ni el náufrago que asido en frágil leño, azotado por las olas llega á la playa hospitalaria en que halla sal-

vacion; ni el reo que con trémula planta pisa las gradas del patíbulo y oye una voz lejana que por órden del rey grita «perdon» pudieran alhagar mas esperanza, ni saborear mayor consuelo en aquellos trances, del que yo esperimenté y sentí al oir las palabras del que yo creia regente de España, cardenal de Borbon y arzobispo de Toledo: todos estos títulos altisonantes fascinaban mi acalorada imajinacion, todos se subordinaban á mis propósitos, alto empleo y la mano de Mlle. Julie de W... he aqui los polos sobre que giraba la suma total de mi ambicion; las palabras del cardenal me preparaban en favor del rejente, y siendo yo su válido, no podia faltarme la bendicion del arzobispo en mis combinaciones matrimoniales. — Yo

me miraba ya en un verdadero Eden; Julia iba á ser mia, yo esperaba ser capitan general de ejército ó de distrito en España con 120,000 rs. al año.

Pero, oh falacia de nuestras míseras especulaciones mundanales!!—Ni el cabo segundo Manuel Carrasco, podia ser largo tiempo arzobispo de Toledo; ni Mlle. Julie de W... habia de compartir conmigo en legal y religioso consorcio, mis haberes, mi suerte y mis penas y fatigas, ni yo debia haber nacido para capitan general de los ejércitos de S. M. la reina doña Isabel II (Q. D. G.)

De tan complicados propósitos que antes de dos meses se convirtieron en sueño y se disiparon como el humo, solo surjió una realidad, un jó-

ven que hoy es capitan de lanceros en el ejército español.

Concluido el besa-mano salió el Emmo. señor presunto cardenal para ir á á celebrar su misa de medio pontifical á la metropolitana iglesia de Valenciennes, donde esperaban para oirla y recibir su bendicion el subprefecto del departamento del Norte, el general Lebrun, gefe de la 16.ª division militar, el Maire de la ciudad y demas funcionarios públicos, quienes despues de la ceremonia religiosa, pasaron á cumplimentar á su eminencia á la cárcel-palacio en donde se realizó el matrimonio del capitan Peralta con Mlle. Langlois, una hora antes de la comida á que asistimos los mismos convidados del dia anterior.

CAPITULO V.

HASTA monótona, y, lo que es peor, *ridicula*, me iba pareciendo ya la vida archiepiscopal é insulsa que la benevolencia del supuesto cardenal de Borbon, y el dineró del opulento prestamista Mr. L'avocat nos proporcionaban despues de doce

dias de estancia en Valenciennes. Verdad es que teniamos por todo recurso que saborear cardenal por la mañana, arzobispo de Toledo en el paseo por la tarde, infante don Luis de Borbon durante la comida, y de tertulia por la noche las sandeces del P. Fr. José Maria Griver, si bien algo sazonadas con las sales de la conversacion de la señora Sandoval y las gracias oportunas de la culta señora de Anselme, mientras el cabo segundo Manuel Carrasco, representante gratuito del cardenal arzobispo é infante de España miraba con ojos dulces, aunque viscos, á la silenciosa y encantadora Mlle. Ernestine, y se le caia la baba.

Mas como en este picaro mundo, todo tiene fin, y especialmente en

este valle de locos las farsas acaban estrepitosamente y con mas láconismo que los dramas sérios ó las tragedias, aunque yo haya incurrido en el defecto de escribir en cinco actos la verdadera historia del fingido arzobispo de Toledo, no siendo mas que una farsa que mi protagonista representaba en un acto continuo de osada desvergüenza, con variada multitud de interlocútores y sin guardar las reglas clásicas de unidad, de lugar y tiempo: en una palabra, el cabo segundo Manuel Carrasco era romántico, y el biográfico que ha emprendido osadamente escribir este interesante episodio de su desastrada vida, no ha podido prescindir de arreglar su narracion á la verdad y al romanticismo del heroe de la si-

tuacion; no por eso era menos inminente el término de nuestra permanencia en Valenciennes.

El coronel de gendarmes se presentó una mañana mientras estábamos almorzando en promiscua sociedad en la fonda del Aguila los togados, los gentiles-hombres, los canónigos, los novios, los confesados y comulgados por la merced del presupuesto cardenal de Borbon, si bien no confirmados aun por autoridad competente, porque esta no podia comulgar con ruedas de molino, y nos presentó requiriendo nuestras firmas, un gran protocolo que él llamó *proces-berbal*, y que en efecto lo era, pues estaba lleno de verbos y palabras de esa maldita lengua francesa que para cada frase se ne-

cesita tropezar cien veces con el *on*, el *en*, el *y*, y el a-t-il; lengua maldita que si se la descartara de todos estos adminículos no serviria ni para espresar un solo pensamiento; y nos dirijió la palabra en estos términos; « *Messieurs les oficiers espagnols!* » (y Casals me miró como ofendido porque no le llamaba « señor juez de la chancilleria de Granada) ». — « *Au nom de S. M. l'empereur, jevons requiers de dire la verité* ».

A estas palabras, que todos comprendimos, porque tenian muy poco que comprender, respondimos en coro como al himno que cantaba frecuentemente Casals, y con sonoras é igualmente discordantes voces, dijimos: « *Oui monsieur le colonel* »— y este entonces principió á leer en el

protocolo « *Par debant nous etc.* »— « Ola! dije yo á mis compañeros, « declaracion tenemos; sí, sí, dije- « ron todos, pero aqui lo que hay « que decir es, que á nosotros no nos « cabe duda, como españoles, que « el personaje en cuestion es el ver- « dadero cardenal de Borbon » (1) (á lo que dió mucho peso el asentimiento del coronel Anselme y del capitan Polonell) « pero eso de jurarlo no;

(1) Parece que Dios se complacia en tener ciegos á Españoles y franceses. En el hospital de Sedan, un español que habia sido sargento de las tropas del Marqués de la Romana, lo descubrió á las monjas diciendo que era el Arzobispo de Toledo. En Valenciennes unos oficiales españoles, se disputaban el honor de haberle dado

« estas son ya palabras mayores, y « hay mas nuestra declaracion jura- « da perjudicaria el miembro hoy « mas importante de nuestra familia « real, porque aumentarian las pre- « cauciones contra su persona y ya « no podria evadirse y regresar á Es- « paña ».

No dejaba de tener un gran fondo de verdad y prevision, la reflexion hecha en aquellos momentos por mis compañeros, asi es que todos firmamos al pie de un *afidavit* que venia á ser, judicialmente ha-

---

guardia en su palacio de Toledo. Y en Lille, la Marquesa de Coupigni que habia sido camarista de la Princesa de Asturias, afirmaba que era el verdadero cardenal.

blando, un papel mojado que no conducia á la identidad de la persona del infante don Luis de Borbon, que era el objeto del viaje (1) del fingido arzobispo de Toledo, y el fin á que con tanto ardor aspiraba Napoleon Bonaparte.

---

(1) Hallándose en Sedan, supo que la Emperatriz, venia de Mayence y que llegaría el dia siguiente á Messieres, pueblo distante cuatro leguas de allí; á la que remitió el siguiente escrito. « Sedan Agosto « 15 de 1813 — A los pies de S. M. la « Emperatriz. — Querida Prima: Te noti- « cio que mi desgraciada suerte me ha co- « locado en la de prisionero incógnito en « calidad de religioso, y me valgo de la « ocasion de tu paso por esa para escribir- « te suplicándote que alivies mi suerte lue-

La duodécima comida archiepiscopal era menester digerirla aquella noche; dejar partir á su eminencia al dia siguiente por la mañana sin apretar antes entre nuestros membrudos brazos al cabo segundo Manuel Carrasco, darle nuestro último ósculo, y recibir del supuesto cardenal su

---

« go de tu llegada á París donde sabrás « como ha sido: solo te ruego el honor de « ver tu contestacion y firma. Tu primo « rendido á tus piés. — Luis Maria de « Borbon.—Cardenal de Escala. Cuya carta fué mandada por órden del General, por el coronel comandante de lanceros, y regresó á las diez de la noche del mismo dia con la contestacion siguiente «Reuss agos- « to 13 de 1813.—Querido Primo: á la dis- « tancia de seis leguas de esa he recibido

última bendicion, mas que descortés ingratitud hubiera sido inhumana deslealtad; accion entonces desconocida entre nobles militares españoles. Los guerreros del año 1808, (y en este número comprendo á todos los españoles, porque todos pelearon por la patria) adorábamos, á la par de nuestra desventurada España, á los Borbones y á sus augustos vástagos; tenian para nosotros un prestigio los

---

« tu apreciable carta que me ha causado « mucho dolor viendo tu situacion. Por « ahora no puedo aliviar tu suerte, pero « ordeno al general que te dé los hono- « res que te pertenecen, luego de lle- « gada á Paris procuraré aliviarte. — Tu « prima. — María Luisa, Emperatriz de « Francia. »

reyes que, sino lo menguaran torcidos consejos de ministros falaces, hubiera sido el legado de mas precio que la generacion presente heredera de nosotros, y lo conservaria aun con relijioso escrúpulo, para ensalzarlo siempre con cánticos de bien sazonada libertad.

En efecto, informados nosotros por el coronel de gendarmes, aquella mañana misma, que el presunto Emmo. señor cardenal de Borbon, emprenderia al siguiente dia su viage de confrontacion y careo de la vuelta de Lila *(Lille-en-Flandres)* donde se habia sabido existian prisioneros de guerra algunos guardias de Corps de la antigua y lejítima córte de España, nos dispusimos á engullir la postrimera comida á espensas generales

de Mr. L'avocat, con que nos iba á honrar por última vez el finjido arzobispo de Toledo en el apogeo de sus travesuras: ¡ infeliz Manuel Carrasco! ya los fulgentes rayos de tu esplendoroso sol, principiaban à oscurecerse en el ocaso de su rápida carrera por los densos vapores que emanaban de las marismas y estancadas aguas de las pantanosas orillas del Escalda y la frijida efluvia de aquella region septentrional presajiaba que tu astro luminar no transpuntaria otra vez sus dorados opúsculos en el horizonte para fijarse en el cenit de tus inconcebibles aventuras!! — Lila, esa ciudad famosa por sus fortalezas y rebellines; Lila, funebremente célebre bajo el universal poder de Cárlos V, bajo la férrea do-

minacion del duque de Alba, iba á ser testigo mudo de tu muerte archiepiscopal y de tu resurreccion militar en la ecónomica y poco esplendente clase de cabo segundo prisionero de guerra de la guarnicion española de Ciudad-Rodrigo! — Lila, en fin, habia de presenciar silenciosa, el fin de tu chistosa y rápida carrera petardista y estafadora, con ribetes y centros de sacrílega, para que yo un dia acumulara, sobre mí, admiracion y renombre en la capital de la monarquia española, publicando tus hechos sorprendentes entre columnas de públicos-clamores!!!

¡Desventurado Carrasco! — Tú tambien te retirastes de la escena pública dejando empeñadas las pingues

rentas de la mitra de Toledo, que bien no llegó á tanto tu despilfarro que enviaba á Mr. L'avocat á Paris para que te comprase seis carretelas ó berlinas, ni acumulastes millones, porque mal se combinaba la malicia de tus infantiles hábitos y truanerías de monaguillo, organista y sacristan, no por eso dejó de esquilmarse en gran manera el recaudo y el tesoro del verdadero cardenal de Borbon cuando en 1814, por decoro á su alta dignidad, satisfizo á los reclamantes las sumas de dinero á que ascendian las deudas que en su augusto nombre tu habias contraido en tu corta y rutilante carrera de perdicion é impostura!

Mas, perdoneme sus manes, no

es mi ánimo, ni cabe en la nobleza de mis miras ultrajar la memoria de los Carrascos por humilde que su alcurnia sea. Los muertos son sombras para mi de gran respeto, porque tambien tengo yo deudos entre los difuntos, y sé que no hay generosidad en acusarlos.

¿Pero cómo corregir nuestros abusos, si en la historia de los muertos no hallasemos el saludable fin con que escribimos? El Padre Fr. Gerundio en sus solaces, deriba de coloquios con difuntos, muy grande aprendimiento para el pueblo; muy útiles lecciónes para el vivo, que no puede rechazar un buen gobierno.— ¿Y, porqué, yo que trato de imitarle, no he de solazarme antes del

pienso? — Si, del pienso, por que si pienso significa en castellano la comida en porcion y á ciertas horas, yo puedo llamar así la que por última vez ibamos á compartir con el presunto arzobispo de Toledo.

Reunidos pues á las seis de aquella triste tarde en el salon refectorio de la carcel-palacio, nos sentámos en derredor de la opipara mesa que con mustio semblante presidia el Emmo. señor cardenal en cuestion. Un silencio sepulcral, revelaba las secretas y diversas emociones de los circunstantes y aun quizás los recónditos temores que se abrigaban en el corazon del taimado presidente del banquete: de vez en cuando, un suspiro agudo y prolongado atraia nues-

la seguridad en que podia vivir, del cumplimiento de aquellas sacramentales palabras que me dijo en la capilla del hospital. «No te aflijas *yo haré algo por tí*» y que al siguiente dia llegarian á su nuevo y transitorio destino, y me recomendaba visitar á á Mlle. Ernestine y prodigarle palabras de consuelo.

Fué en efecto transitorio su destino á Lila, y tan adverso que á las pocas horas de su llegada, la presencia de dos verdaderos guardias de Corps de las personas reales de España habian hecho caer la máscara al fingido infante de Borbon (1) al

(1) En Lille, un eclesiástico español,

persupuesto arzobispo de Toledo, cuya mitra vaciló fuertemente al impulso posterior que recibió de un puntapié dado enérgicamente por uno de los caballeros guardias, viniéndole á suceder lo que al *Cameriere Dandino*, en la célebre ópera de *Rossini*, LA CENERENTOLA.—*Son Dandini, il Cameriere!!!!* y nuestro

---

natural de Toledo dijo que no era el cardenal de Borbon, en presencia del General francés. En Bourges, le conoció el capellan del segundo batallon de su Regimiento quien dió parte al general, y le hizo carear á su presencia, confirmando lo que decia el capellan, un cabo de su misma compañía y dos soldados del mismo batallon; por lo que fué atado de pies y manos

intrépido protagonista esclamaba: — Soy Manuel Carrasco, cabo segundo desgraciado, de los ejércitos de S. M. católica !!!!!!

En esta humilde capacidad fué conducido al fuerte de la *Petitte-Pierre* donde sirvió en clase de asistente al capitan español don Narciso Clapés, que se hallaba allí preso por haberse fugado del depósito de *Con-*

---

puesto en un calabozo; al cabo de doce dias lo sacaron de la cárcel le pusieron sobre un carreton descubierto con una poca de paja encima, tirado de dos bueyes y entre cuatro gendarmes, lo llevaron de cárcel en cárcel hasta Limoges, en medio del escarnio y la burla de la muchedumbre.

dé para regresar á España antes de tiempo.

MANUEL CARRASCO, murió en setiembre de 1814 en el hospital de Junqueras de Barcelona (1), en calidad de preso, y reclamado como justificable por todos los tribunales de España, incluso el de la inquisicion.

(1) Cuando lo entregaron á la frontera, al oficial español; fué conducido á Barcelona, donde le metieron en un obscuro calabozo de la ciudadela, de cuyas resultas cayó enfermo al cabo de cuatro meses, llevándolo al hospital militar donde murió.

FIN.

PLÁCIDO EL MULATO

Ó LA

CONSPIRACION DE LA ISLA DE CUBA, EN 1844.

CONTIENE SU VIDA, LA CAUSA Y SENTENCIA QUE LO LLEVÓ AL PATÍBULO.

Un tomo en 16.º con una lámina, precio 10 rs. vn. á la rústica y 12 en pasta.

PRÉCISO Y [illegible]

ó sea

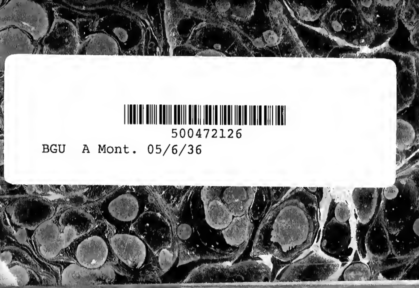
[illegible]

En 1812.

[illegible]

[illegible]

Un tomo en 12.º con una [illegible]
[illegible] 10 rs. [illegible]


500472126
BGU A Mont. 05/6/36

